• FRANCESCA TASSINI •

# SNOW BLACK

#GIRLDETECTIVE#NADADELCLASICOFANTASMA

edebé

# SNOW BLACK

Texto de Francesca Tassini
Idea original de Mario Pasqualotto
Ilustraciones de Gloria Pizzilli
Proyecto editorial: *The World of Dot*
Edición original: © 2020 BP - Via Leopardi, 8 - 20123 Milano - Marietti Junior
Título original: *Snow Black*
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 - 20123 Milano - Italia - foreignrights@atlantyca.it- www.atlantyca.com

© Traducción del italiano al español: Marinella Terzi
© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2020

ISBN: 978-84-683-4910-7
Depósito legal: B. 8368-2020
Impreso en España

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).*

Francesca Tassini

edebé

# PRÓLOGO

¿Os habéis tapado alguna vez los párpados con las manos para imaginar qué efecto tiene estar muerto?

A los pocos segundos, el ojo se acostumbra a la oscuridad, las sombras se diluyen en un negro compacto y en su lugar aparecen estelas de puntitos luminosos con los contornos difuminados y temblequeantes.

Y eso es lo que vi cuando me desperté en la madriguera: constelaciones que fluctuaban en la oscuridad. Solo que no era un juego.

Las estelas se bamboleaban a mi alrededor, delante, detrás, debajo, encima. Estaba sumergida de la cabeza a los pies. A propósito de cabeza y pies: ya no tenía. Me refiero a que ya no tenía un cuerpo.

Lo entendí cuando traté de rascarme. Fui a levantar la mano y me percaté de que no la tenía. Sin embargo, el picor lo sentía de verdad.

«Todavía estás durmiendo», me dije. «Ahora concéntrate y despiértate de verdad. En tu cama. Escucha los pájaros que trinan afuera. El ruido lejano del tráfico. El zumbido de la máquina de café, en algún lugar de la casa».

Café… Los puntos de las constelaciones estallaron como palomitas de maíz y en la madriguera aparecieron centenares de ventanas luminosas. Mostraban infinidad de tazas distintas, con y sin asa, pequeñas y grandes, todas colmadas con un líquido oscuro y denso.

Cuando las ventanas se cerraron de nuevo, vi un cuadro del que surgía una luz fría. Parecía la interfaz de un buscador.

Decía: Café. Aproximadamente 329.700.000 resultados (0,50 segundos).

La página empezó a deslizarse hacia abajo. Era yo la que la controlaba, sin dedos y sin ratón. Ordenaba todo con la mente. Daba órdenes a LA RED.

Porque era allí donde me encontraba: la «madriguera» era un rincón oscuro dentro de internet.

Tenía que salir de inmediato.

«Cálmate. Reconstruye tus últimos movimientos».

No recordaba haberme ido a la cama. Si lo pensaba bien, ni siquiera recordaba *cómo era* mi cama. ¿Tenía una realmente? ¿Y cómo era mi casa? ¿Dónde estaba?

Cuantos más pensamientos formulaba, más se descomponían las estelas y los puntos luminosos me mostraban páginas y páginas de resultados de internet, incluso cuando no quería. Era como si mi cerebro y la Red fueran una sola cosa.

No sé si lo peor era sentirme prisionera en un lugar desconocido e irreal, o no recordar nada de mí, de mi vida; a excepción de un nombre: mi nombre.

SNOW BLACK

Apareció de la nada, de alguna parte de mi cabeza, y abrió cientos de ventanas: eran vídeos de un canal que tenía el mismo nombre. El primero de la lista se puso en marcha.

En la pantalla se materializó el texto «SNOW BLACK» con caracteres rebuscados. Vi que las letras se deformaban y se colocaban al fondo, como hielo que se funde. Una sintonía.

Inmediatamente apareció una chica pálida, grandes ojos azules y melena larga negra.

Su voz me golpeó como un bofetón: cortante, segura, demasiado entusiasta. Era yo. Estaba convencida, pero al mismo tiempo tenía la sensación de hallarme frente a una extraña.

La Snow Black del vídeo dijo algo sobre un misterio que trataba de resolver, luego se citó con su público para el *post* siguiente.

Eso es lo que hago, o mejor, lo que hacía. Era una especie de estrella de la web que resolvía casos policíacos y misterios.

Ojeé los títulos de las demás entradas: *La casa que se reía sola, El extraño caso del hombre sombra, El parque de atracciones que no duerme*. No estaban nada mal. Me proporcionaban compañía, pero al mismo tiempo me entristecían.

Lentamente caí en un estado de apatía y comprendí que no me despertaría nunca más. Solo entonces fui capaz de admitirlo: no estaba soñando. Estaba muerta. Muerta y enterrada. Enterrada en la Red, donde había transcurrido la mayor parte de mi tiempo de viva.

Sin embargo, de algún modo existía todavía, y eso significaba solo una cosa: era un fantasma. No de los normales, que infestan las viejas casas abandonadas arrastrando cadenas y asustando a los pobres desgraciados con apariciones imprevistas en los espejos. No, yo era un fantasma que infestaba la World Wide Web.

A propósito de casas abandonadas, tenía una frente a mí y todavía no lo sabía.

Además de las estelas luminosas, en la madriguera había una fisura que quedaba siempre abierta. Al principio no me había llamado la atención porque andaba perdida al fondo; pero en cuanto le eché un vistazo, dio un salto hacia delante.

Era parecida a una ventana auténtica, asomada al mundo de fuera, el real.

Más allá de una calle urbana, atravesada por extraños automóviles, se perfilaba una casa de dos plantas, con la fachada pintada de verde y desconchada en algunas partes. Delante había un jardín descuidado y una verja de la que colgaba un anuncio de SE VENDE.

Me costó poco comprender que mi perspectiva era la del encuadre fijo de una telecámara de videovigilancia, con la hora, los minutos y los segundos marcados en caracteres digitales. ¿Por qué estaba conectada directamente a la madriguera?

Es un misterio que todavía no me deja en paz.